

Anacharsis CLOOTS. *La República universal*, seguido de *Bases constitucionales de la República del género humano*. Edición, traducción, notas y epílogo de Francisco Javier Espinosa. Laetoli, Pamplona, 2018. 217 páginas.

Gerardo López Sastre*

En 2012 Francisco Javier Espinosa Antón publicaba un libro titulado *Inventores de la paz, soñadores de Europa. Siglo de la Ilustración* (Biblioteca Nueva, Madrid). Allí mostraba lo conscientes que habían sido muchos de los ilustrados del XVIII de los horrores de las guerras y cómo habían desarrollado la alternativa de diferentes proyectos de paz. Nos encontrábamos así con la creencia de que la sociedad podía cambiar de forma radical. Unos de los protagonistas de ese libro era un noble de origen alemán, Jean-Baptiste von Klotz (1755-1794), que con el tiempo renunciaría a un nombre asociado al precursor de Jesucristo para adoptar el de Anacharsis, honrando así al filósofo escita del mundo antiguo que viajó a Grecia para aprender las leyes de los helenos y llegar a comprender mediante la reflexión la mejor forma de gobernar. Pues bien, ahora Francisco Javier Espinosa nos presenta la traducción de las obras más importantes de Anacharsis Cloots, *La República universal* y las *Bases constitucionales de la república del género humano*. A estas traducciones añade un interesante Epílogo, que personalmente recomendaría leer en primer lugar a modo de prólogo.

¿De qué tratan los textos de este autor? El cambio de nombre ya puede darnos una pista, porque la preocupación central de Anacharsis Cloots será la defensa de la única forma de gobierno que la reflexión legítima: una república universal, algo que la revolución francesa parecía prefigurar. Así, el 19 de junio de 1790 Cloots -que está claro que tenía conciencia de la importancia teatral

* Catedrático de Filosofía en la Facultad de Humanidades de Toledo de la Universidad de Castilla-La Mancha, Plaza de Padilla 4, 45071-Toledo. Gerardo.Lopez@uclm.es. Esta reseña se realiza dentro del proyecto de investigación “El desván de la razón: cultivo de las pasiones, identidades éticas y sociedades digitales” (FFI2017 82535-P: PAIDESOC), financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

de las acciones- se presentó a las puertas de la Asamblea nacional en París como portavoz de un comité de decenas de extranjeros (entre ellos Francisco Javier Espinosa menciona a Pablo de Olavide), vestidos con atuendos de diversas partes del mundo. Les preguntaron quiénes eran y contestaron de forma bien grandilocuente: “Venimos de Europa, venimos de Asia, venimos de América. Somos la Humanidad”. Pasaron al interior de la Asamblea y se empezaron a oír murmullos de aprobación provenientes de multitud de puntos. Y también, vivas protestas de la zona en la que estaban los miembros del cuerpo diplomático, que temían sin duda su desaparición ante estos autoproclamados representantes de la Humanidad. Se hizo el silencio y Cloots dijo:

La trompeta que hace sonar la resurrección de un gran pueblo ha resonado por los cuatro costados del mundo y los cantos de júbilo de un coro de veinticinco millones de hombres libres han despertado a pueblos enterrados en una larga esclavitud [...] Un grupo de extranjeros de todos los lugares de la tierra piden colocarse en medio del Campo de Marte. Y el gorro de la libertad que ellos alzarán con emoción será la prueba de la próxima liberación de sus desafortunados conciudadanos. (p. 183)

¡Nada menos que un programa de liberación a escala mundial! En efecto, la tesis de *La República universal* no puede ser más clara, precisa y, nosotros diríamos, audaz:

Los cuerpos provinciales y nacionales son las principales lacras del género humano. ¡Qué ignorancia, qué barbarie es encerrarnos en diferentes comunidades rivales cuando tenemos la ventaja de habitar en uno de los planetas más pequeños de la esfera celeste! Multiplicamos nuestras envidias y querellas dividiendo el interés y la fuerza común. Un cuerpo no se hace la guerra a sí mismo, y el género humano vivirá en paz cuando no forme más que un solo cuerpo, la NACIÓN ÚNICA (p. 13)

Como se pregunta Cloots, ¿no es absurdo encerrar a la humanidad en comunidades rivales dividiendo de esta forma el interés común? Ya es bastante tener que soportar el egoísmo de los individuos para que encima el egoísmo de las comunidades debilite más el lazo social de toda la humanidad. Todas las guerras y los desastres morales provienen del desprecio u olvido de ese principio de la unidad soberana del género humano. Si la división de los pueblos engendra la guerra, la desaparición de esa división generaría “la paz perpetua” (p. 154). Con la precisión de un cirujano Cloots disecciona el origen de los males sociales:

La verdadera causa de todo mal social radica en la división de los pueblos, en la absurda pluralidad soberana. Esta división es tanto más vergonzosa y funesta cuanto la naturaleza nos ha dotado de palabra y de la invención de las artes y ciencias, de la imprenta, el correo y la navegación, para no formar más que una sola familia conforme a la razón de nuestro pequeño globo. Perdono a los monos de Sumatra por no tener ninguna relación con los monos de Paraguay, pero el hombre de las Indias Occidentales que no confraterniza con el de las grandes Indias es doblemente inepto, doblemente culpable y doblemente punible. Sus relaciones incongruentes se convierten en criminales: de ellas se derivarán guerras y fratricidios mientras todos los intereses particulares no estén en armonía con una fuerza común, con una LEY universal. (p. 90).

Se trataría, en suma, de que en función de la fraternidad universal todos fuéramos ciudadanos del mismo país, pues es evidente que donde sólo hay un país no puede haber guerras entre países, con lo que los arsenales de amenazantes armas se convertirían en almacenes comerciales. Si esta decisión es tan beneficiosa, ¿quién no querría participar de la misma? “El ahorro será enorme, los impuestos pequeños y la felicidad sin límites. Una población que se obstina en formar un grupo aparte será objeto de burla, y su estupidez la cubrirá de oprobio.” (p. 19). Además, es que la legislación de esa república universal se basaría en los “derechos humanos”, lo que entre otras cosas significa -y esto es muy importante- que se reconocería el derecho de que cada uno practicara el culto que le plazca, pues “la ley general protegerá todos los cultos y todas las culturas. Todo lo que no perjudique a la sociedad tendrá su pleno ejercicio.” (p. 20). Y aquí se encuentra incluido también el ateísmo: “El incrédulo que niegue

la existencia de Dios será escuchado tan apaciblemente como el hombre sencillo que jure por el Corán o el Avesta.” (p. 21).

De hecho, Cloots deja claro que él se incluye entre esos incrédulos: “Multiplicar los entes sin necesidad es chocar contra las primeras nociones de la filosofía: por tanto, los ateos tienen razón frente a los teístas.” (p. 22). En efecto, si preguntamos por qué existe algo, y contestamos que porque Dios lo ha hecho, siempre podremos preguntar que por qué existe Dios. La reflexión de Cloots es que añadiendo “un incomprensible *Theos* a un incomprensible *Cosmos*, redobláis la dificultad en vez de resolverla.” (p. 22). En cuanto al argumento del orden, se basa para Cloots en una petición de principio. Es verdad que toda obra revela a un obrero, pero ¿en qué nos basamos para afirmar que el universo es una obra? Y, de acuerdo con esa forma de razonar, ¿no podría afirmarse que Dios es también una obra y que por lo tanto ha sido fabricado por un obrero? Frente a esto, hagamos caso al sentido común y en vez de intentar explicar una maravilla (el universo) por una maravilla que sería todavía mayor (Dios), quedémonos simplemente con lo menos complicado: el mundo y nuestro deseo de mejorarlo. Lo que implica el detalle interesante de transformar las basílicas y los oratorios en escuelas para la juventud y en clubs fraternales. Los hombres se “reunirán para instruirse, para aprender a vivir, no para embrutecerse y aprender a vegetar.” (p. 26). A este respecto una instrucción importante sería seguir a la naturaleza y sus enseñanzas, admitiendo el imperio de nuestros sentidos, lo que tendría un efecto liberador. Y Cloots se pone a sí mismo como ejemplo, pues confiesa que adora tanto a Venus como a Píldes. Es decir, parece estar reconociendo que le atraen tanto las mujeres como los hombres, defendiendo así como una opción legítima -en tanto que natural- la bisexualidad o la homosexualidad. En las orgías báquicas, en las fiestas y festines ya no se dirá “Ay, triste razón”. Por el contrario, el empleo de la razón legitimará el goce.

Pero no se trata sólo de oponerse a la religión porque nos impida el cultivo del placer, es que la irracionalidad propia de las creencias religiosas parecería autorizar también esa institución irracional que es la monarquía. Si somos irracionales en un aspecto de nuestra vida, ¿no es normal que lo seamos también en otro? Como escribe Cloots:

Mientras la mayor parte de los franceses asista a las hechicerías de la misa, mientras se crea que tres son uno, ..., que un cuerpo existe en muchos

lugares a la vez y que un hombre borra los pecados de otro hombre, será difícil curarles del engaño del fantasma monárquico. La realeza es una especie de sacerdocio no menos absurdo que cualquier otro sacerdocio (pp. 63-64).

Por el contrario, ¿qué sería lo racional? Aparentemente comprender que la majestad de un gran pueblo (se supone que antes de disolverse en la república universal) no se manifiesta en el rostro de un hombrecito, sino en los salarios de los trabajadores, “en la agricultura, en las manufacturas, en el comercio, en las ciencias, en las artes, en los pueblos numerosos y ricos, en las ciudades florecientes y en una capital magnífica.” (p. 67).

Pues bien, la revolución en Francia es el comienzo de esta revolución del mundo. O al menos este es el deseo de Cloots, que concluye *la República universal* con el siguiente llamamiento exaltado:

Mientras tengamos vecinos, ejércitos y fortalezas, nuestra existencia será precaria e insegura y experimentaremos violentas tormentas. Hijos generosos y bravos de la naturaleza liberal, pensad que el fin de nuestra asociación se reduce simplemente a la conservación individual y común de la libertad, la propiedad y la seguridad. Romped los moldes de la tiranía, devolved al SOBERANO ÚNICO su dignidad originaria y aseguraréis para siempre la felicidad de Francia y del universo (p. 41).

El argumento tiene su lógica, porque parece evidente, como muy bien explica Cloots, que no podemos decir que somos libres si unas barreras extranjeras nos detienen a una cierta distancia de nuestra casa, si nuestra seguridad o el desarrollo de nuestro comercio se ven comprometidos por la posibilidad de una invasión, o si nuestra industria es encerrada en el círculo estrecho de tal o cual país. Aquí nuestro autor es muy radical: “No somos libres si un solo obstáculo moral detiene nuestra marcha física en un solo punto del globo. Los derechos del hombre se extienden a la totalidad de los hombres.” (p. 125). Luego, si queremos una libertad plena hemos de querer una soberanía universal e indivisible que resida en todo el género humano, que acaba así convertido en una divinidad. De hecho, Cloots —que aquí se convierte en un precedente de Feuerbach— escribirá que “Los

atributos de una divinidad imaginaria pertenecen realmente a la divinidad política.” (p. 125). Un género humano regenerado es así un “*Pueblo-Dios*”. ¿Quién no iba a querer formar parte del mismo? Esa unidad soberana, ¿no presenta las ventajas inestimables de la desaparición de las guerras y la prosperidad general? Acabemos con las divisiones y el todo “realizará las fábulas de la edad de oro” (p. 129). Igual que en la naturaleza no hay fronteras, tampoco debiera haberlas en la política. Igual que los ríos y mares se comunican entre sí, nosotros podemos hacer lo mismo. La dicha y la felicidad nos están esperando si lo hacemos.

Ahora bien, ese país único tendría que disponer de una lengua que actuara de “intérprete universal”, y aquí Cloots no parece percibir ningún problema en que sea el francés; igual que tampoco duda de lo deseable de que todos los escritores de Europa adopten la lengua francesa, como por ejemplo hicieron Leibniz o Federico II de Prusia (véase p. 81). El lector puede imaginar también cuál debiera ser la capital de esa república universal: París, “el Vaticano de la razón” (p. 35). En efecto, “Si la capital de los franceses nos maravilla por su genio, ¿qué no llegará a ser cuando se convierta en la capital de los seres humanos?” (p. 39). Vale que la Constitución francesa se convierta en una religión universal que acomode a todos los hombres en una unidad representativa –si la razón humana es una, la nación también debiera serlo: “Reprochar a Francia que una a su constitución a todos los pueblos divididos es reprochar al Sol que extienda sus rayos hasta los extremos de la esfera planetaria.” (p.83)- pero que su “santa sede” (p. 71) o “faro central” (p. 98) haya de ser París parece más problemático.

Pero ya no es sólo que la parcialidad de Cloots nos haga sonrojar; es que por muy deseosos que podamos estar de aceptar su planteamiento general se nos ocurren algunas dificultades. Realmente Cloots parece olvidarse en su razonamiento de que además de las guerras entre naciones distintas la historia nos habla de la frecuencia de las guerras civiles, que en principio también podrían desgarrar a una república universal de todo el género humano o, como también la denomina nuestro autor, “la República de los Individuos-Unidos.” (p. 134). Cloots en suma parece indebidamente optimista cuando afirma que “La República del género humano no tendrá jamás disputas con nadie, pues no hay ninguna comunicación entre los planetas.” (p. 134). No se trata de que nos preocupen los extraterrestres (aunque Stephen Hawking sí que advertía de que en caso de existir podrían representar un peligro, pues encontrarnos con una civilización avanzada podría ser como cuando los nativos americanos se encontraron con Colón), pero sí los conflictos internos que pudieran surgir, por ejemplo, en relación a cualquier recurso que una parte considerara de su interés monopolizar. Lo que a

su vez nos lleva a la cuestión no de si la unidad puede verse amenazada en el futuro, sino de su misma deseabilidad desde el punto de vista de países mucho más ricos o desarrollados que otros, y que pueden desear no compartir esa riqueza o ver disminuido su bienestar tras su integración en esa totalidad omniabarcante.

Imaginamos que frente a esta objeción Cloots podría argumentar observando que desde la perspectiva a largo plazo de una nación rica o poderosa, esta sirve mejor a sus intereses procediendo a la fusión propuesta. Pero, la experiencia nos enseña que muchas veces las personas o las instituciones prefieren servir sus intereses a corto plazo en caso de un tal conflicto. Los bienes cercanos son eso, cercanos. Mientras que el futuro se nos presenta lejano, cuando no incierto.

Además, es que en el razonamiento anterior estábamos pensando que sólo intervenía la razón; cuando lo cierto es que las pasiones y las emociones son una fuente importante de nuestra actuación. De hecho, Cloots no parece dudar de la capacidad de los hombres para conducirse más por las luces de la razón que por sus pasiones (un principio que, aclara, Rousseau rechazaba). Pero este intelectualismo es cuestionable. Desde luego podemos afirmar que no debíamos tener otra guía que “la razón eterna” (p. 46), pero lo cierto es que muchas veces no actuamos así, aun en el supuesto de que sus consejos sean tan claros como Cloots pensaba. Visto el transcurso de la Historia no parece que haya que insistir mucho sobre el carácter exageradamente optimista del pensamiento de nuestro autor. Desde nuestra perspectiva histórica no es sólo que debíamos reflexionar sobre que el propio Cloots acabara en la guillotina, víctima de esa revolución en la que tanto había confiado. También debemos hacerlo a un nivel mucho más general sobre el hecho de que cuando los reyes o los gobernantes de turno han pedido a las gentes que se mate por ellos, los pueblos han ido a la guerra. Aparentemente si esos mismos gobernantes pidieran a la gente que se trataran todos con equidad, que adoptaran una perspectiva verdaderamente cosmopolita, sería fácil que lo hicieran. Pero, como tuvo ocasión de comprobar Pedro el Grande, le era prácticamente imposible obligar a sus súbditos a que se cortasen la barba, y sin embargo no le fue nada difícil hacerles marchar a la batalla para despedazar a unos vecinos que no les habían hecho daño alguno¹. Luego no puede afirmarse sin más que el hombre sea racional. Nuestra naturaleza psicológica es bastante más compleja, y aparentemente ahí el orgullo nacional juega un papel importante; aunque esto parece más un motivo de lamentación que otra cosa. ¿Quita esta reflexión su valor a la propuesta

¹ Citado por Stephen Holmes, *Anatomía del antiliberalismo*. Trad. de Gonzalo del Puerto. Madrid, Alianza Ed., 1999, pp. 51-52.

de Cloots? Pensamos que no, porque si por una parte es bueno ser muy conscientes de lo difícil que puede ser su realización, por otra parte, lo cierto es que los desafíos del siglo XXI la hacen tan necesaria como urgente.



ENDOXA está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional